

JOSÉ IGNACIO TELLECHEA IDÍGORAS

**LOS SUEÑOS DE  
FRANCISCO DE JAVIER**

EDICIONES SÍGUEME  
SALAMANCA  
2006

Cubierta e ilustraciones interiores: Christian Hugo Martín

© Ediciones Sígueme S.A.U., 2006  
C/ García Tejado, 23-27 - 37007 Salamanca / España  
Tlf.: (34) 923 218 203 - Fax: (34) 923 270 563  
e-mail: ediciones@sigueme.es  
www.sigueme.es

ISBN: 84-301-1612-5  
Depósito legal: S. 397-2006  
Impreso en España / Unión Europea  
Imprime: Gráficas Varona S.A.  
Polígono El Montalvo, Salamanca 2006

## CONTENIDO

<i>A guisa de prólogo</i> .....	11
<i>Cronología</i> .....	19

### LOS SUEÑOS DE FRANCISCO DE JAVIER

La larga espera .....	23
El hijo menor .....	43
Todo empezó en un cuarto de París .....	55
La calma chicha .....	69
Intermedio .....	77
Al fin, la India... portuguesa .....	83
Un año entre los pobres paravas .....	93
Malaca, la ciudad maldita .....	109
Las Islas del Moro .....	117
«Sollicitudo omnium ecclesiarum» .....	131
Los libros vivos .....	139
De paso nuevamente por Malaca .....	145
Por fin, Japón .....	151
De vuelta a la India .....	171
«Al meollo entremos» .....	187
Solo y a la intemperie .....	199
<i>Bibliografía esencial</i> .....	211
<i>Carta manuscrita, retrato y mapas</i> .....	215

Al fin, parecía llegar el día largamente esperado. La caída de la fortaleza de Santa Cruz de Gué en manos de los moros y la falta de vientos propicios había retrasado más de la cuenta la salida de la flota que desde Lisboa se encaminaba a las lejanas Indias Orientales. Cinco eran las naos que zarparan, una del Rey y otras cuatro de particulares, repletas todas de gentes y mercancías, de soldados y funcionarios, de aventureros y de simples pasajeros en busca de fortuna. Iba también en ellas el nuevo Virrey de la India, don Martín Alfonso de Sousa, gran amigo y favorecedor de la Compañía de Jesús. En la nao del Virrey, la *Santiago*, de 700 toneladas, embarcaría el Padre Francisco de Javier. Con él iban los jesuitas Micer Paulo y el portugués Mansilha. Fue en la primavera de 1541.

¡Qué larga se había hecho la espera! Y ¡qué lejos quedaba aquella mañana en que precipitadamente salió de Roma el Padre Francisco camino de su nuevo e improvisado destino! Fue un golpe de timón del Padre Ignacio que definió y cambió definitivamente el rumbo de su vida, precisamente cuando ejercía el cargo de secretario de la Compañía. Bien mirado, todo aparecía como fruto de un juego de carambolas a cual más sorprendente.

Todo partió del Rey de Portugal Juan III. Diego de Gouvea, el Rector del Colegio parisino de Santa Bárbara, le había informado favorablemente sobre un puñado de clérigos a los que había conocido en París, grandes siervos de Dios. Su jefe y padre espiritual era un tal Íñigo de Loyola –*íñiguistas* llamaban en París a los del grupo–, un hombrecillo diminuto con gran capacidad de seducción sobre los estudiantes, a los que les hacía mudar de vida, vivir en pobreza y practicar la mendicidad. Cuando Íñigo captó a sus primeros seguidores en el colegio regido por Gouvea, enfurecido éste, dispuso propinarle una sala, esto es, una azotaina pública ante los estudiantes del colegio. Una simple entrevista previa con el candidato a los azotes transformó el recelo del Rector en admiración. No contento con ello, acudió a la sala llevándolo de su mano, se arrodilló ante él y le pidió perdón ante el asombro de todos. Pocos años después de aquel incidente, supo que el grupo había abandonado París con el propósito de ir a Tierra Santa para allí vivir y morir, pero dificultades de navegación por razones de guerra los habían empujado a Roma.

La noticia, perdida en una carta de Gouvea al Rey de Portugal, no cayó en saco roto. Juan III, seriamente preocupado por promover el acrecentamiento de la fe católica en sus lejanos dominios orientales y por reunir operarios aptos para tal misión, decidió seguir el rastro de aquel misterioso grupo. Escribió a Mascarenhas, su embajador en Roma, el cual había tenido noticia de que «de París eran partidos ciertos clérigos letrados y hombres de buena vida, los cuales por servicio de Dios tenían prometida pobreza y solamente vivir de las limosnas de los fieles cristianos, y que andan

predicando dondequiera que van, y hacen mucho fruto». Tras esta bella definición del grupo de iñiguistas nacido en París, pero que se hallaba en Roma dispuesto a secundar cuanto les ordenara el Papa, el Rey incitaba a su embajador a enterarse de «qué hombres son éstos», a comunicarse de palabra o por carta con ellos, y a invitarles a secundar los planes misioneros del monarca. Hasta le recomendaba intervenir ante Julio III para lograr de él licencia o mandato expreso para forzarles a aceptar la propuesta. Si la gestión tuviese éxito, el embajador podía prometerles de parte del monarca que les proveería de «toda abastanza» para el viaje a Lisboa por tierra o por mar, y hasta les podría procurar una persona que los guiase y acompañase en el largo viaje a Portugal, «porque vengan lo más presto posible». Tenía verdadera prisa.

Muchos encargos tenía el embajador, que se disponía a abandonar definitivamente Roma, pero no descuidó éste tan singular. Entró en relación con el grupo romano. No le fue difícil, porque precisamente Íñigo era su confesor. Logró de entrada la aceptación de la propuesta si el Papa los enviaba. Obtuvo también la aquiescencia del Papa, quien cubrió de elogios a aquellos pocos clérigos reformados. Al término de sus gestiones tuvo que tratar el asunto con el Padre Ignacio. Le pidió seis jesuitas para la India, cuando todos ellos apenas llegaban a la docena. Dicen que el Padre Ignacio le respondió serena y amorosamente: «Jesús, señor embajador, y ¿qué me dejáis para el resto del mundo?». Eran muy pocos, pero su horizonte comprendía el mundo entero. La oferta quedó reducida a dos, elegidos y conoci-

dos del embajador. El portugués Simón Rodrigues y el castellano Bobadilla.

A pesar de encontrarse enfermo, el portugués embarcó muy pronto rumbo a su país, desde Cività Vecchia, esperando reponerse allí. También Bobadilla acudió a la llamada desde Nápoles, mas aquejado de fiebres de Malta. Los médicos se opusieron a su salida. En tal trance, y cuando el embajador estaba a punto de iniciar su viaje hacia Portugal, tan sólo quedaba disponible el Padre Maestro Francisco de Javier. Por otra parte, Fabro y Láinez se encontraban en Parma, Broet en Siena, Coduri y Salmerón destinados por el Papa a Irlanda y Jayo en Alemania. Ignacio estaba enfermo en cama cuando llamó junto a su lecho al forzoso e improvisado candidato. La escena fue inolvidable:

«Maestro Francisco: Ya sabéis cómo por orden de Su Santidad han de ir dos de nosotros a la India y que habíamos elegido por uno al Maestro Bobadilla, el cual por su enfermedad no puede ir, ni el embajador aguardar a que sane. Esta es vuestra empresa. ¿Queréis ir vos?».

Con mucha alegría y presteza el interpelado respondió: «¡Sus, heme aquí!».

No fue repuesta precipitada ni improvisada. Para entonces el Padre Francisco había sido troquelado pacientemente por Ignacio. Por ello respondió pronta, espontánea, alegre y voluntariosamente, con la marca primordial del genuino jesuita: la plena disponibilidad, sin necesidad de mandatos graves ni en virtud de santa obediencia. La simple sugerencia de su idolatrado Ignacio era para él invitación de Dios, ante la que sólo cabía total generosidad.

Dicho y hecho. En veinticuatro horas hubo de improvisar su partida. Reunió una poca ropa, su breviario, el libro de los Ejercicios, se despidió de algunas buenas gentes, pudo recabar la bendición del Papa y dijo adiós a los pocos entrañables compañeros que vivían en Roma en la casa de los Frangipani. Especialmente le costó separarse, acaso para siempre, del Padre Ignacio. En el momento del último abrazo paterno-filial, éste le tentó la ropa para ver si iba debidamente vestido y pudo comprobar que llevaba la camisa sobre la piel viva. «Así, Francisco, así». En labios del contenido Ignacio, estas palabras representaban un supremo elogio del jesuita pobre y desprendido, si bien luego ordenó que se le proveyese de ropa. Ribadeneira nos dice que «se partió con tal semblante que, en fin, bien se veía que Dios le llamaba».

Al tiempo de abandonar Roma el Padre Francisco, la «mínima Compañía» —así la llamaba el Padre Ignacio— únicamente gozaba de aprobación verbal por parte del Papa. Se estaba tramitando la aprobación solemne por medio de Bula y no eran pequeñas las dificultades que a ello oponía el Cardenal Ghinucci. ¡Tantas eran las novedades que la Compañía introducía en los usos seculares en punto a vida religiosa! Fiando en Dios más que en los hombres, los jesuitas se comprometieron a celebrar tres mil misas para implorar la protección del cielo sobre su proyecto. Todo quedaba en el aire.

Por ello, antes de salir de Roma, el Padre Francisco tuvo tiempo para redactar y suscribir dos documentos trascendentales que es obligado recordar:

*IHS*

Yo, Francisco, digo así: que concediendo Su Santidad nuestro modo de vivir, que estoy a todo aquello que la Compañía ordenare acerca de todas nuestras constituciones, reglas y modo de vivir, juntándose en Roma los que la Compañía pudiere cómodamente convocar y llamar. Y por cuanto Su Santidad envía muchos de nosotros a diversas partes fuera de Italia, porque no podrán todos juntarse, por ésta digo y prometo de estar a todo aquello que ordenaren los que se pudieren juntar, quier sean dos, quier tres o los que fueren. Y así por esta firmada de mi mano digo y prometo de estar a todo aquello que ellos hicieren. Escrita en Roma año 1540, a 15 de marzo.

*Francisco*

«Nuestro modo de vivir»: se trataba del carisma, de la vida, de un estilo de entregarse al apostolado, ideado e inculcado por Ignacio. Era obligado explayarlo, reducirlo a normas. En efecto, el Papa había encargado al grupo entero de iñiguistas el elaborar sus propias Constituciones, mas simultáneamente dispersaba a los jesuitas en diversas misiones a ellos confiadas. Esta circunstancia hacía imposible que el grupo entero como tal tuviese oportunidad para elaborarlas. Al fin, fueron dos o tres, Ignacio entre ellos, quienes llevaron a buen puerto la tarea; los demás fueron dando su visto bueno cuando tuvieron oportunidad de pasar por Roma y revisar el trabajo realizado. El Padre Francisco, en previsión de su ausencia obligada, dio un generosísimo cheque en blanco a las decisiones de sus compañeros, «quier dos, quier tres», signo de total confianza y de la cohesión del grupo.